Somalilandia y el reconocimiento israelí en el actual contexto internacional

Javier Irazoqui González
Analista geopolítico
División de Coordinación y Estudios de Seguridad y Defensa (DICOES)

EL territorio de Somalilandia, recientemente reconocido por Israel como Estado independiente de Somalia y que cuenta con una población estimada de cerca de seis millones de habitantes, ocupa una posición estratégica al noroeste de la Somalia internacionalmente reconocida, con unos 850 kilómetros de costa en el golfo de Adén, frente a Yemen y junto a Yibuti, muy cerca del Estrecho de Bab el-Mandeb, que conecta el Mar Rojo con el Golfo de Adén y el océano Índico y por el que circulaba alrededor del 12 por 100 del comercio mundial (al menos hasta los ataques *hutíes*).

Somalilandia se sitúa, además, en el borde externo del denominado *rimland*, clave según algunas teorías geopolíticas para el control de Eurasia, y en la periferia inmediata de Oriente Medio, una región clave para el comercio internacional y para las rutas comerciales que se proyectan desde China, con la nueva Ruta de la Seda y desde India, con el proyecto IMEC (*India-Middle East-Europe Economic Corridor*), que conectaría Europa con el subcontinente indio. No es de extrañar por ello que países como Estados Unidos, China, Francia, Japón, Turquía o los Emiratos Árabes Unidos mantengan diversas formas de presencia comercial, militar o de infraestructuras en diferentes países de la zona.

Por todo ello, la situación de este territorio y su reconocimiento internacional como Estado independiente de Somalia no es una cuestión de mero interés jurídico como caso práctico de la teoría del reconocimiento de Estados en el marco del Derecho Internacional Público, sino que, como veremos, se inserta en un escenario de profundos cambios estratégicos y de alianzas internacionales. Pero antes de analizar estos aspectos, conviene analizar qué es la cuestión Somalilandia y cuál es su origen.

LA CREACIÓN DEL ESTADO

Somalilandia, cuya capital es Hargeisa, funciona desde hace varias décadas como un Estado *de facto*, a pesar de que solo Israel ha reconocido, y solo recientemente, su independencia. La región cuenta con gobierno y parlamento propios, elecciones multipartidistas con alternancia pacífica del poder (las últimas elecciones presidenciales fueron en 2024) y con moneda (el chelín somalilandés), pasaporte y fuerzas armadas propias.

El territorio se corresponde con el de la Somalilandia colonial británica, que obtuvo su independencia el 26 de junio de 1960 y fue reconocida por decenas de Estados antes de unirse voluntariamente, el 1 de julio de 1960, a la ex Somalia italiana para formar la República de Somalia, reuniendo a poblaciones con una misma lengua y religión y unidas durante la lucha por la independencia por el anhelo de avanzar hacia la formación de una Gran Somalia, que comprendería buena parte del Cuerno de África. Las colonias británica e italiana se habían creado previamente con el reparto de África por parte de las potencias coloniales europeas entre finales del siglo XIX y principios del XX, a partir de acuerdos con varios sultanatos de la zona y con clanes somalíes. La llamada Somalia francesa devendría en lo que hoy es Yibuti. Con posterioridad a la independencia, en 1969 llegó al poder en Mogadiscio tras un golpe de Estado Mohamed Siad Barre, que trató de

El reconocimiento de este territorio como Estado independiente se inserta en un escenario de cambios estratégicos y alianzas


EFE

modernizar el país a través de un régimen comunista en el marco de la Guerra Fría. Este régimen profundizó el sentimiento preexistente de marginación de Somalilandia, que había votado en contra de la Constitución de 1961, que consagraba un reparto de poder que favorecía al sur del país. La creciente represión del régimen de Barre alimentó la insurgencia del Movimiento Nacional Somalí (SNM), formado principalmente por miembros del clan Isaaq, mayoritario en Somalilandia, que fue duramente reprimida durante la guerra civil que se desencadenó, produciéndose el llamado genocidio Isaaq y la masacre de Hargeisa.

Tras el colapso del régimen de Barre, Somalilandia declaró unilateralmente su independencia en mayo de 1991 dentro de las fronteras coloniales británicas y construyó un orden político relativamente estable, aunque con sus propios problemas territoriales derivados de tensiones entre el clan Isaaq y el clan Dhulbahante, mayoritario en el este de Somalilandia y opuesto a la secesión.

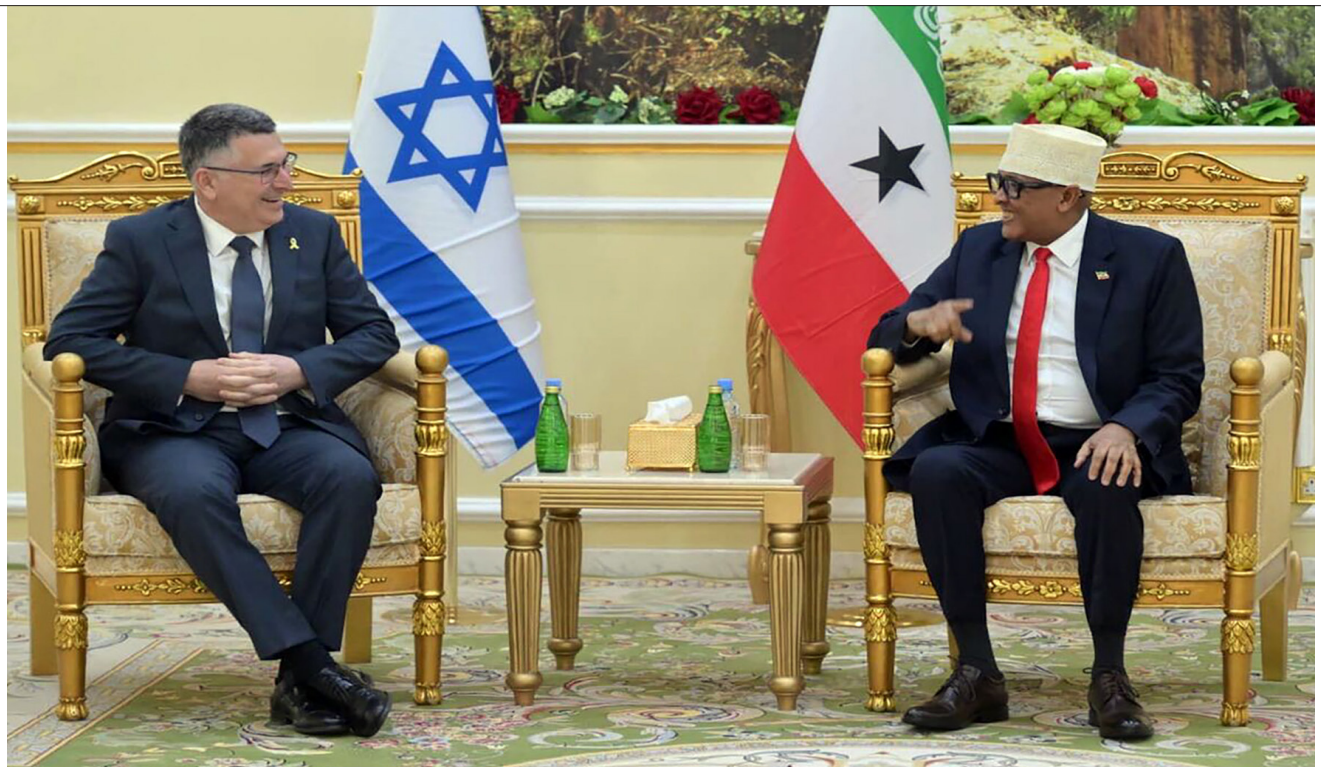
Estas tensiones se tradujeron a principios de los 2000 en enfrentamientos entre Somalilandia y Puntlandia (estado federal de Somalia), que reclamaba la parte oriental de Somalilandia basándose en relaciones de parentesco de clanes. Los enfrentamientos resurgieron a partir de 2022 alrededor de Las Anod, capital de la región de Sool con los choques entre el ejército somalilandés y el SSC-Khatumo, formado por fuerzas del clan Dhulbahante de las regiones de Sool, Sanaag y Cayn.

Meses de combates y bombardeos acabaron en agosto de 2023 con la retirada del ejército de Somalilandia de la región y la creación posterior por parte de Mogadiscio de un nuevo estado federal en la zona, que Puntlandia rechazó. Este desenlace ha supuesto que desde 2023 Hargeisa haya perdido el control de la parte oriental de su propio territorio, lo que pone en tela de juicio una de las principales bazas que Somalilandia alega frente a Somalia: la de su estabilidad política y de seguridad en una región convulsa.

La situación de Somalia, efectivamente, pasa por un momento de especial fragilidad. En términos de seguridad, el país sufre la presión del grupo terrorista *Al-Shabaab* a pesar de los bombardeos de Estados Unidos, del apoyo turco a Mogadiscio y de las misiones de la Unión Europea (EUTM-Somalia) y de la Unión Africana (AUSSOM). La labor de esta última, de cerca ya de dos décadas, está además en entredicho y acaba de recibir un duro golpe con el anuncio de que los Estados Unidos dejarían de contribuir al apoyo logístico que la ONU da a la misión.

Por otro lado, el país vive un conflicto político de difícil solución en torno a los intentos del actual presidente, Hassan Sheikh Mohamed, de instaurar un sistema de voto universal y directo, en lugar del actual sistema indirecto que reparte el poder entre los principales clanes. El mandato del actual presidente y del parlamento están, además, en entredicho tras expirar el pasado mes de mayo. Las enmiendas constitucionales que lo extienden son juzgadas ilegítimas por la oposición, que incluye a los estados de Puntlandia en el norte y de Jubalandia en el sur, ahondando en la deriva de fragmentación del país y produciendo graves enfrentamientos armados a pesar de la reciente convocatoria de elecciones parlamentarias y presidenciales para abril y mayo de 2027 (momento en que concluye el mandato extendido).

El gobierno federal apoyado por los estados federados aliados (Estados del Sudoeste, Hirshabelle y Galmudug), controla en estos momentos las grandes ciudades en la Somalia central y meridional mientras que Puntlandia, Jubalandia y Somalilandia, con la situación



EFE

El presidente somalilandés, Abdirahman Mohamed Abdullahi, con el ministro de Exteriores israelí, Gideon Saar, el pasado 6 de enero.

particular del recientemente creado Estado del Nordeste, controlan sus propios territorios; sin contar con la presencia de *Al-Shabaab*, con fuerte presencia fuera de las ciudades.

EL RECONOCIMIENTO ISRAELÍ

En este difícil contexto, Israel se convirtió el pasado 26 de diciembre de 2025 en el primer Estado miembro de Naciones Unidas en reconocer formalmente a la República de Somalilandia como estado independiente. El primer ministro israelí, Benjamin Netanyahu y su ministro de Asuntos Exteriores firmaron con el presidente de Somalilandia, Abdirahman Mohamed Abdullahi («Irro»), una declaración conjunta de reconocimiento mutuo «en el espíritu de los Acuerdos de Abraham» (acuerdos de normalización suscritos entre Israel y varios países árabes con mediación de EEUU) a los que Hargeisa anunció su intención de adherirse en un futuro. A este reconocimiento se sumaron posteriormente el intercambio de embajadores entre ambos países, el anuncio de apertura de embajada en Israel y la visita del presidente de Somalilandia a Jerusalén, el pasado mes de junio.

¿Pero, qué pudo empujar a Tel Aviv a dar este paso diplomático de ser el primero en reconocer Somalilandia? El reconocimiento podría estar en línea con la llamada doctrina israelí de la periferia, que ha buscado a lo largo del tiempo dar profundidad estratégica a Israel mediante alianzas con países primeramente no árabes de la zona, como Turquía, Irán (hasta la caída del Sha) o Etiopía.

Los acontecimientos de los últimos años, como la creciente enemistad con Turquía, sobre todo a cuenta de Siria, o los Acuerdos de Abraham entre Israel y Emiratos Árabes Unidos, Baréin, Sudán y Marruecos, han supuesto un cambio en los socios, incluyendo países árabes, pero el principio de búsqueda de alianzas en la región sigue siendo importante para Tel Aviv y explicaría también sus alianzas con países como Azerbaiyán o Grecia, uniéndose ahora Somalilandia.

A todo ello podemos sumar la voluntad de Israel de contrarrestar la influencia turca en el Cuerno de África, una diversificación de su política exterior hacia África en un momento de tensión con Europa y, sobre todo, la búsqueda de un punto de apoyo para continuar atacando a los *hutíes*. Para ello sería especialmente útil la posibilidad de abrir una base militar en Somalilandia, lo que le permitiría proyectar su fuerza hacia el Índico y presionar a Irán y, potencialmente, a Arabia Saudí desde otra zona. Potencial e hipotéticamente, además, con una base Israel podría convertirse en un actor estratégico en el estrecho de Bab el-Mandeb, especialmente en un momento de tensión en Ormuz. En todo caso, ha habido declaraciones contradictorias de las autoridades de Hargeisa al respecto de una hipotética base militar israelí, en principio negando esta posibilidad, así como la de que Somalilandia se podría prestar a recibir a población desplazada de Gaza.

Sean cuales fueran las razones, las reacciones al movimiento diplomático israelí fueron mayoritariamente negativas. Somalia lo calificó de ilegal y ataque deliberado a su soberanía. Egipto, Turquía y Yibuti coordinaron con Mogadiscio una condena conjunta el mismo día. La Unión Africana, la Liga Árabe, el Consejo de Cooperación del Golfo y la Organización para la Cooperación Islámica rechazaron el paso israelí. La Unión Europea reafirmó la integridad territorial somalí y pidió diálogo. China criticó la decisión israelí. En el bando contrario, Emiratos Árabes Unidos, aliado estratégico de Hargeisa (y de Israel) evitó

condenar el paso de forma individual. Estados Unidos, por su parte, no se sumó al reconocimiento israelí, pero el presidente Trump afirmó que el tema estaba bajo estudio, sin que la reciente visita a Washington del presidente Irro haya cambiado nada. Finalmente, Taiwán fue el único actor internacional que dio la bienvenida a la decisión.

CRUCES DE INTERESES EN LA REGIÓN

Con estos mimbres, podemos ahora pasar a analizar la situación de Somalilandia en el contexto regional e internacional. Por lo que respecta a los países de la vecindad inmediata, Etiopía (sin salida al mar desde la secesión de Eritrea en 1993), firmó en 2024 un memorándum de entendimiento con Somalilandia que implicaba el arriendo de 20 kilómetros de costa en la zona de Berbera por 50 años para uso naval, a cambio de un posible reconocimiento. La rúbrica de este acuerdo provocó una crisis con Mogadiscio cuya solución llegó con mediación de Turquía: Addis suscribió la soberanía somalí sobre Somalilandia pero no canceló formalmente el acuerdo y está potenciando un corredor económico hacia el puerto de Berbera. A Yibuti, por su lado, que concentra un enorme porcentaje del comercio exterior etíope y cuenta con varias bases militares extranjeras (Estados Unidos, China, Francia, Italia y Japón), no le interesaría la eventual competencia del puerto somalilandés de Berbera. Egipto, por otro lado, mantiene una rivalidad con Etiopía por el efecto que la Gran Presa del Renacimiento etíope pueda tener en las aguas del Nilo, lo que aproximaría al país a la posición de Mogadiscio, escenificándose, por ejemplo, en la cumbre tripartita Egipto-Eritrea-Somalia de 2025.



En Oriente Medio, Turquía, que va sumando escenarios de rivalidad con Israel, se revela como principal valedor de Somalia, país con el que tiene un acuerdo de defensa y donde se encuentra su mayor base militar en el extranjero. Turquía, además, es uno de los principales donantes en Somalia y gestiona su principal puerto y aeropuerto. En cuanto a Arabia Saudí, parece preferir el mantenimiento del *statu quo* en el golfo de Adén y no puede ver de forma positiva el refuerzo de Israel y de su rival EAU en la zona. Emiratos, efectivamente, se revela como un actor importante, y coopera activamente con Somalilandia en el terreno militar y económico, lo que ha llevado, el pasado mes de enero, a que Mogadiscio rompa sus acuerdos de seguridad y de puertos con Emiratos.

En el campo de las grandes potencias, EEUU mantiene por ahora su política de «una sola Somalia», pero las declaraciones de Trump, crecientes movimientos bipartidistas de legisladores estadounidenses a favor del reconocimiento, unido a la visita del comandante de AFRICOM a Somalilandia, dan ambigüedad a su posición. Hargeisa ha ofrecido además a Washington la posibilidad de desplegar una base militar en Berbera. En el caso de China, su rechazo al reconocimiento de Somalilandia es firme debido a los lazos entre Hargeisa y Taipei (que desde 2020 mantienen oficinas de representación abiertas en el otro país), unido al hecho de que tiene una base militar en Yibuti.

PERSPECTIVAS FUTURAS EN LA REGIÓN

Aunque aún es pronto para valorar las futuras consecuencias del reconocimiento de Somalilandia por parte de Tel Aviv, no cabe duda de que dicho reconocimiento ha creado un dilema para Washington en un momento de reconfiguración de alianzas en una región clave. Por un lado, y como es lógico, el alcance del movimiento israelí se deberá medir por sus resultados prácticos, sobre todo por el establecimiento o no de una base militar israelí o por el reforzamiento de la cooperación militar. Por otro lado, el reconocimiento amplificará sus efectos si finalmente tiene un efecto de arrastre sobre otros países y especialmente EEUU, que deberá calibrar las posibles consecuencias en sus relaciones con Turquía, Arabia Saudí o Egipto. Finalmente, la situación estratégica de Somalilandia y su cercanía a Israel añade un eslabón más en una de las cadenas de alianzas que parecen irse tejiendo en la región y cuya cristalización podría ser el germen futuro de un conflicto regional más amplio que afectaría a una ruta comercial de vital interés para Europa. Diversos cálculos comerciales y de seguridad parecen pesar más que posibles afinidades ideológicas en los diversos pactos y acercamientos que van surgiendo y que hemos apuntado ya en las líneas precedentes.

Así, parecen ir emergiendo dos grupos diferenciados con alianzas fluidas no exentas de contradicciones: uno, en torno a Israel, con Emiratos Árabes Unidos, Etiopía, India, Grecia o Chipre crecientemente interconectados y que en un contexto de inestabilidad en Ormuz podría favorecer el mar Rojo como alternativa a una interconexión entre Europa e India.

Frente a este grupo, vemos también estrecharse las alianzas entre Somalia, Turquía, Egipto, Pakistán y Arabia Saudí. En este esquema, Arabia Saudí, con acuerdos de seguridad con Washington e Islamabad (reciente Pacto de la Meca con Turquía y Paquistán), parece actuar a la vez en varias bandas. Su posicionamiento futuro será un buen indicador de hacia dónde se decantan las alianzas que se superponen sobre viejos y nuevos conflictos: India y Paquistán, Paquistán y Afganistán, Grecia y Turquía, Etiopía y Eritrea, etcétera. ¿Se está reproduciendo en la región una situación similar a la del período de la Paz Armada en Europa? Estaremos atentos a los próximos acontecimientos.